

Letrados. Un ejemplo

Hugo Hiriart

Los hombres de letras más respetados—el equivalente literario de un sabio, un sabio en literatura—, digamos, un doctor Johnson, inglés, un Edmund Wilson en los Estados Unidos, un Alfonso Reyes entre nosotros, no son aquellos que escriben mejor, sino aquellos que han sabido leer mejor. Leer, desentrañar un libro, las intenciones de un autor, el mérito de un trabajo en comparación con otro, son tareas que precisan extremada sutileza, “lectores de dedos delicados”, como decía Nietzsche.

En Francia el hombre de letras por excelencia, el crítico más autorizado, ha sido la rotunda figura decimonónica de Charles Augustin Sainte-Beuve.

Sainte-Beuve nació en Boulogne-sur-Mer en diciembre de 1804. Fue hijo póstumo, el padre se casó de cincuenta y dos años (y la madre, que vivió al lado del famoso hijo hasta los ochenta y seis años, en que falleció, tenía al casarse más de cuarenta), el padre, digo, murió poco después de las bodas.

La madre envió a Charles Augustin a estudiar en buenas escuelas en París. Pero la familia carecía de recursos y el muchacho fue presionado para estudiar medicina. Y estudió durante tres años, de ahí se estima le viene ese materialismo un tanto pedestre, que entonces se imponía, pero también la habilidad minuciosa para observar y describir puntual y objetivamente. El muchacho, sin embargo, no quería ser médico, quería ser escritor, así que abandonó la medicina, se consagró a las letras y, para sobrevivir, como todos los escritores



sin medios económicos, entonces y ahora, tuvo que esclavizarse atándose, como los santos, a una columna, la columna periodística semanal.

Esta columna, sin embargo, es la que le daría la gloria literaria. Porque Sainte-Beuve había nacido para escribir esos textos breves, retratos literarios, esos medallones donde esclarecía relacionando vida y obra, biografía y trabajo literario del autor criticado. Sainte-Beuve, empero, no se conformaba con ser un gran crítico, desde joven aspiró a ser poeta. Pero sus reiterados esfuerzos en poesía no se vieron recompensados ni por el público ni por la crítica,

antes se le zahirió con sarcasmos e ironías, cosa que, claro, fue agriándole la existencia. Además, tuvo una vida cada vez más aislada y solitaria, nunca se casó. De joven tanto apoyó al titán Víctor Hugo que acabó haciéndose amante de Adela, su esposa, pero Hugo lo supo y el amorío hubo de suspenderse.

No es común que un crítico, por preclaro que sea, se conforme con ser sólo crítico (que sería más que suficiente para sentirse tranquilo). Así, también nuestro Alfonso Reyes buscó con ahínco la inspiración poética, y no perdonó a Ramón López Velarde cuando de joven expresó algo como “preferiríamos que (Reyes) dejara el verso y se redujera a la prosa”. Aunque en tiempos recientes el verso de Reyes se ha revalorado, el poeta Gerardo Deniz, por ejemplo, compiló una antología de su obra poética que editó *Vuelta*.

No todo ha sido elogios para Sainte-Beuve, Proust, por ejemplo, lo censuró en un libro que lleva el más que significativo título de *Contra Sainte-Beuve*. Entre los reproches figura que el gran crítico no apreció ni a Balzac ni a Baudelaire, nada menos. Aunque la sustancia del ataque lo constituye la duda proustiana de que el método biográfico (la vida como camino para entender la obra) sea el adecuado en literatura.

Nuestra Casa de Estudios ha dado a la estampa una muy buena selección de ensayos de Sainte-Beuve, ahora agotada, pero que está en proceso de reedición en la colección Nuestros Clásicos. **U**